

Natividad de San Juan Bautista B/2012

Todas las lecturas de esta celebración de la Natividad de San Juan Bautista hablan de la vocación del profeta y el sentido de la misión que él ha recibido de Dios. Iluminan también nuestra propia vocación recordándonos que Dios nos ha llamado a todos para servirle y a sus creaturas desde nuestro nacimiento.

En la primera lectura, el profeta Isaías habla de su vocación. Él describe como Dios le llamó desde el vientre de su madre, el pronunció su nombre y le destinó para ser de el una luz a las naciones.

La primera misión para la cual él fue elegido fue de devolver al pueblo de Israel a su país y de juntarle con Dios. Pues, Dios lo convirtió en luz para las naciones para que él llegue su salvación hasta los últimos rincones de la tierra.

Por eso, Dios le dio muchos dones para que sea una espada filosa y una flecha puntiaguda. Mientras el profeta pensó que él trabajaba en vano, Dios le tranquilizó mostrándole que él estaba con él y que la recompensa de su trabajo estaba en él.

Lo que este texto nos enseña es que la vocación de un profeta es parte del plan de Dios de la salvación que él ha preparado hasta antes de que sus criaturas nacieran. Como la vida del profeta es parte del plan de Dios, no importa la decepción en su predicación, el sabe bien, por medio de su fe, que Dios está siempre con él y él le recompensará.

Este texto en la vocación de Isaías nos ayuda a entender mejor la misión de Juan el Bautista y el sentido de su vida relacionada con el Evangelio de hoy. El Evangelio se concentra particularmente en el nacimiento de San Juan. Describe lo que pasó entonces cuando Isabel dio a luz a Juan. Muestra también que los vecinos y los parientes de la familia de Zacarías se alegraron enormemente del nacimiento de Juan.

Cuando Zacarías y su esposa Isabel dieron el nombre de Juan a su hijo, ellos obedecieron las prescripciones que el ángel les había dado antes del nacimiento del niño. Zacarías él mismo fue curado ese día mientras en toda la región montañosa de Judea se comentaba este suceso. Juan, por su parte, creció bajo la dirección de Dios y se hizo fuerte en el espíritu hasta el día en que él se manifestó al pueblo de Israel.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es el misterio de la vocación de un profeta. ¿A veces la gente me pregunta, cuándo realmente sabía usted que usted sería un sacerdote y no algo más? Mi respuesta a menudo es: “no sé”. De hecho, lo que hago es explicarles mi pasado y ambiente espiritual en el cual crecí a fin de ayudarles a darse cuenta que éstos han desempeñado un papel grande en mi determinación de hacerme sacerdote.

Al hacer así, trato de dar una justificación humana de mi vocación. Pero tal cuenta es parcial porque muchos jóvenes de mi edad y quiénes estuvieron en la misma situación que yo no se volvieron sacerdotes. Tal consideración muestra bien que bajo mi vocación habrá una mano invisible en la cual Dios me dirigió a través esas circunstancias humanas a fin que me hiciera sacerdote. Creo que esto es lo que el profeta Isaías estuvo pensando cuando él explica su vocación diciendo: “el Señor me llamó desde el vientre de mi madre; cuando aún estaba yo en el seno materno, el pronunció mi nombre”.

En esta perspectiva, es claro que cada vocación tiene dos caras: una cara humana en la que contamos nuestra historia humana y una cara espiritual que esta escondida en la mano

invisible de Dios que trabaja a través las circunstancias humanas. Esto es lo que pasaba con la vida de Juan el Bautista. Dios lo preparó desde su concepción en la matriz de su mamá para un plan de la salvación que él tenía en su mente, es decir, ser un precursor a Jesús.

Todo esto nos trae a la concepción del tiempo de Dios. En efecto, cuando el Evangelio habla de los días en que le llegó a Isabel de dar a luz, no habla del tiempo humano, sino del tiempo de Dios. El tiempo de Dios es muy diferente al calendario humano. En aquel sentido, el nacimiento de Juan pasó entonces para que se cumpla el plan de Dios a fin de parar a la esterilidad de Isabel y Zacarías. El nacimiento de Juan, de hecho, nos enseña que Dios tiene su tiempo para intervenir en nuestra vida y resolver los problemas que tenemos. Por esta razón, no está bien que nosotros nos desanimamos o nos decepcionamos cuando las cosas en nuestra vida no están como lo deseamos. No olvidemos que Dios tiene su tiempo para consolarnos.

El segundo punto que quiero destacar es sobre el misterio del futuro de un niño. ¿En el Evangelio de hoy, en efecto, hay una reacción interesante de la parte de la gente del pueblo de Zacarías, “Qué va a ser de este niño”? Tal reacción muestra que la entrada al mundo de un niño es siempre un misterio. Hay una historia de un profesor que siempre se doblaba antes de sus estudiantes antes de enseñarlos. Cuando preguntado por qué él hacía así, él contestó que es porque usted nunca sabe lo que uno de estos estudiantes será en la vida.

Es cierto para cada uno de nosotros y para muchas grandes personas que recordamos en la historia humana. Ellas eran todas pequeños bebés, pero quiénes a través el crecimiento han marcado la historia humana de un modo especial. Por eso tenemos que entender que cada niño merece no sólo ser protegido, sino también que en cada uno de ellos hay un gran potencial que como adultos tenemos que desarrollar. Imagine si nuestros padres no se hubiesen preocupado en absoluto por nosotros, como nos hubiéramos perdido. ¿Cuánto sería perdido en el mundo si no existiéramos?

Todo esto nos trae a la pregunta de responsabilidad que tenemos para nuestros niños. De hecho, ser padres es una gran alegría, pero esto crea también una responsabilidad. Cuando celebramos hoy la Natividad de Juan el Bautista, recordamos nuestra responsabilidad como padres y educadores. Pidamos que Dios nos ayude a darnos cuenta de nuestros deberes con la gracia que él nos da por los sacramentos de la Iglesia. Pidámosle de ayudarnos a proteger la vida humana y nuestros niños para el futuro de la Iglesia y del mundo. ¡Que Dios los bendiga a todos!



Isaías 49, 1-6; Hechos de los Apóstoles; Lucas 1,57-66, 80

Fecha de la Homilía: el 24 de Junio, 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20120624homilia.pdf